



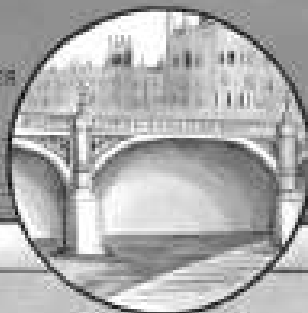
SAM SEDGMAN



ISAAC TURNER • INVESTIGA
LA
CONSPIRACIÓN
CONTRA RELOJ

TRADUCCIÓN DE PATRICIA ORTS

PUENTE DE WESTMINSTER



CASA DEL PRESIDENTE DE LA
CÁMARA DE LOS COMUNES

PASILLO DEL NO

CÁMARA
DE LOS
COMUNES

MEMBERS
LOBBY

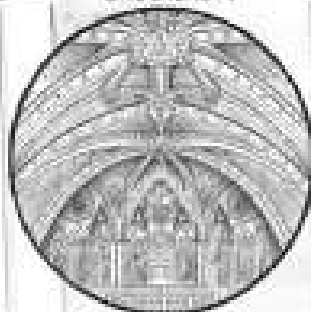
PASILLO DEL SI

CÁMARA DE LOS COMUNES

WESTMINSTER HALL

PARQUE DE
CROMWELL

ENTRADA A LA CAPILLA
DE ST. MARY
UNDERCROFT



PLAZA DEL
PARLAMENTO

NUOVO PATIO DEL PALACIO

PATIO DEL
PRESIDENTE
DE LA
CÁMARA
DE LOS
COMUNES

PARQUE DEL
PRESIDENTE
DE LA
CÁMARA
DE LOS
COMUNES

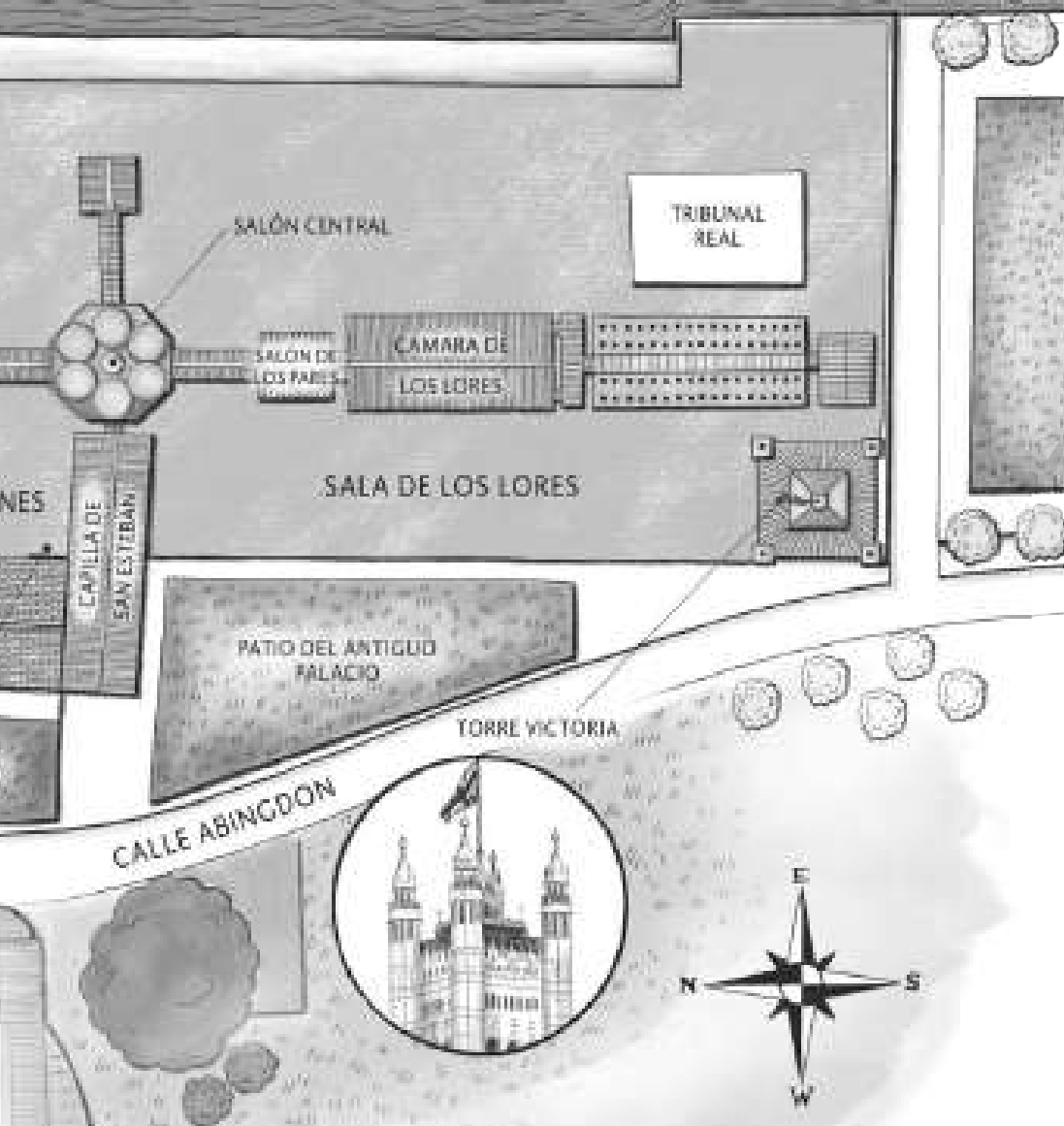
CALLE BRIDGE

ESTACIÓN DE
METRO DE
WESTMINSTER

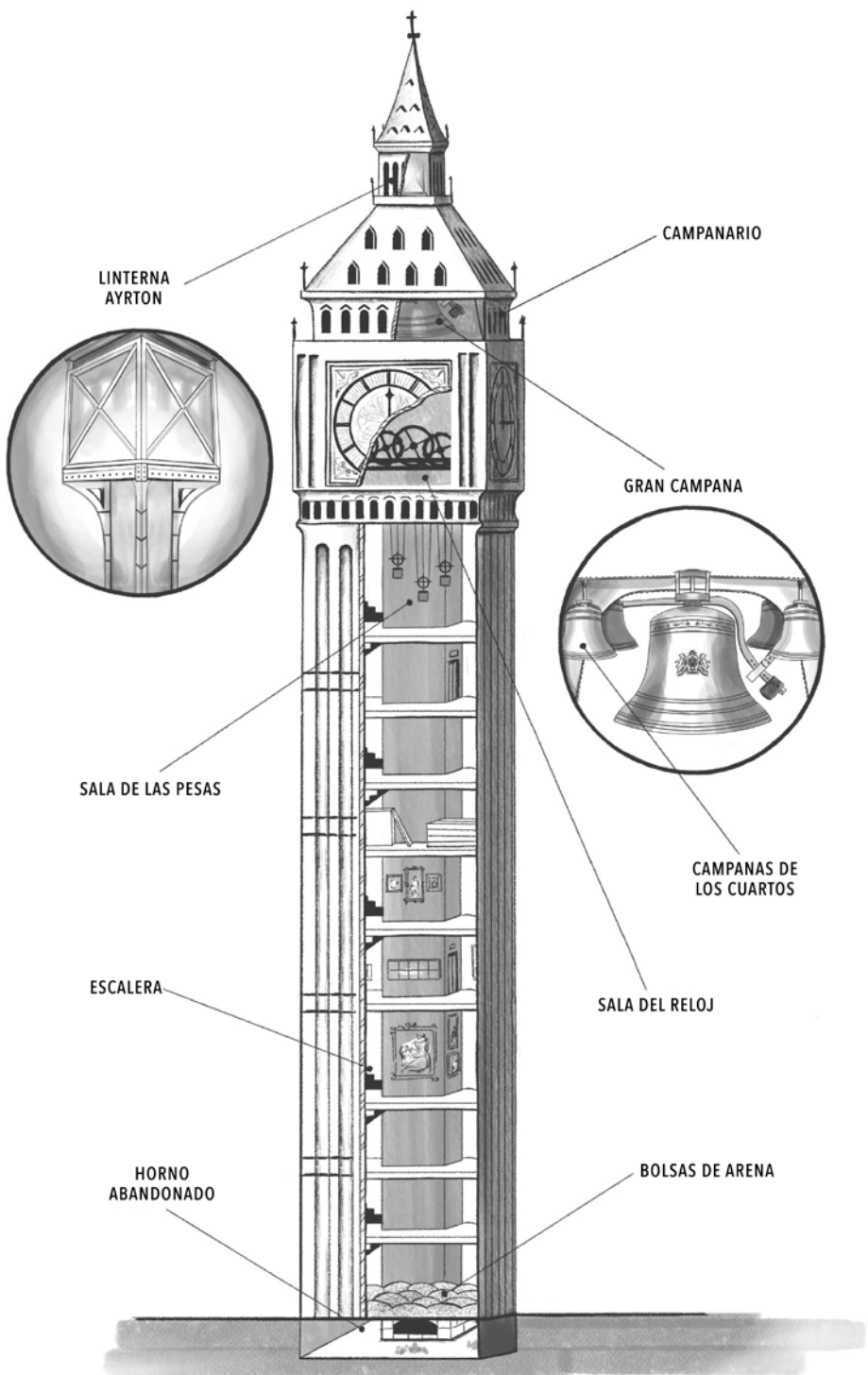
TORRE DE ISABEL
(BIG BEN)



RÍO TÁMESIS



TERRENOS Y EDIFICIOS DEL PARLAMENTO





U N O

La noche que atrasaron los relojes, Isaac Turner subió a la torre del Big Ben para ver a su padre detener el tiempo.

La escalera de la torre de Isabel tenía trescientos treinta y cuatro escalones y giraba tortuosamente. Al asomarse por la barandilla, Isaac se mareó. No le gustaban las alturas, pero, a pesar de lo duro que resultaba subir, al final siempre valía la pena por ver la magnífica máquina que se hallaba en la cima.

—Vamos, tortuga —le gritó su padre desde arriba—. Ya no queda casi nada.

El padre de Isaac era relojero, es decir, se ocupaba de los relojes. Y allí, en el palacio de Westminster, ejercía de guardián del Gran Reloj, el más famoso del mundo, el que todos pensaban, erróneamente, que se llamaba Big Ben.

—¡Te he alcanzado! —gritó Isaac, apresurándose a subir los últimos peldaños—. ¿Ves?

Cuando llegó al rellano, su padre le guiñó un ojo. Diggory Turner era un hombre bajo con una cara tan redonda como un plato llano. El pelo, negro y rizado, le rodeaba la cabeza, calva en la coronilla, como una especie de círculo en un campo cultivado. En su nariz regordeta reposaban unas gafas de montura de alambre, encima de una barba y un bigote descuidados. Llevaba un peto de color azul oscuro sobre una camisa blanca y un chaleco, además de unos zapatos de cuero negro desgastados.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Isaac sonriendo. No quería perderse ese momento por nada del mundo.

La sala del reloj era un gran espacio de paredes blancas situado en el corazón de la torre y atravesado por vigas de hierro. Los ojos de Isaac brillaron de excitación al ver la maraña de engranajes negros relucientes que se encontraba en una plataforma elevada en el centro.

Era el reloj. Estaba dentro de su corazón. Era la máquina que medía el tiempo.

Palancas y engranajes tan altos como Isaac y encerrados en cilindros atados con cables. Cuatro enormes varillas atravesaban cada pared, fijadas a las imponentes esferas de cristal que vigilaban la ciudad que se extendía a sus pies. La

máquina yacía inmóvil, como un dragón dormido, excepto por la pequeña palanca que estaba en el centro, que se movía una vez cada dos segundos emitiendo un leve tictac.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Isaac, mirando impaciente alrededor.

—Un momento —contestó Diggory. Había sacado un reloj de bolsillo de oro resplandeciente, del tamaño de una galleta digestiva, que llevaba sujeto al chaleco por una fina cadena de oro. Abrió la tapa de golpe para comprobar la hora—. Ya.

El dragón dormido se despertó. Con un chasquido repentino, los engranajes y las palancas comenzaron a girar deprisa, retorciendo sus dientes entrelazados. Los cables que se extendían a través del techo tiraban hacia delante y hacia atrás, e Isaac oyó el repique de las campanas de los cuartos de hora, procedente del campanario situado sobre sus cabezas.

DIN don DAN, din DON dan... din DON dan, DIN don dan... DIN DON dan, din DON...

Un ventilador de metal giró con estruendo y se detuvo cuando cesaron las campanadas. El mecanismo volvió a detenerse y el dragón enmudeció una vez más.

—Las nueve cuarenta y cinco —dijo Diggory, metiéndose el reloj en el peto con aire satisfecho—. Y ni siquiera se nota que han cambiado el sol sostenido. Tenemos tres minutos. Ayúdame a extender las herramientas.

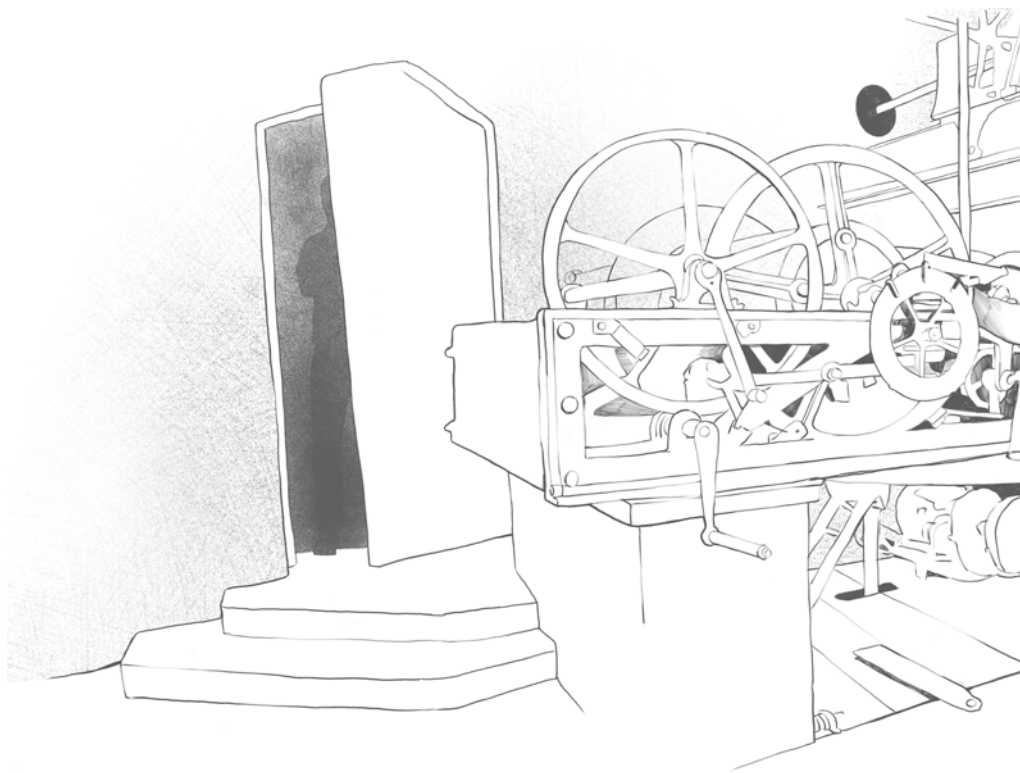
A continuación, dejó a bolsa y desenrolló un bulto de lona, en cuyo interior había llaves inglesas, destornilladores y alicates.

—Ojalá no hubieras tardado tanto en dejarme ayudarte —dijo Isaac mientras se arrodillaba en la tarima para echarle una mano.

—Antes eras demasiado pequeño —replicó Diggory.

—¡No, qué va! —protestó Isaac—. Sé cómo funciona este reloj desde que tenía diez años.

—La primera vez que subiste aquí conmigo te emocionaste tanto que faltó un pelo para que te espachurrases los dedos en el tren de sonería.



—¡Porque intentaba limpiar los engranajes!

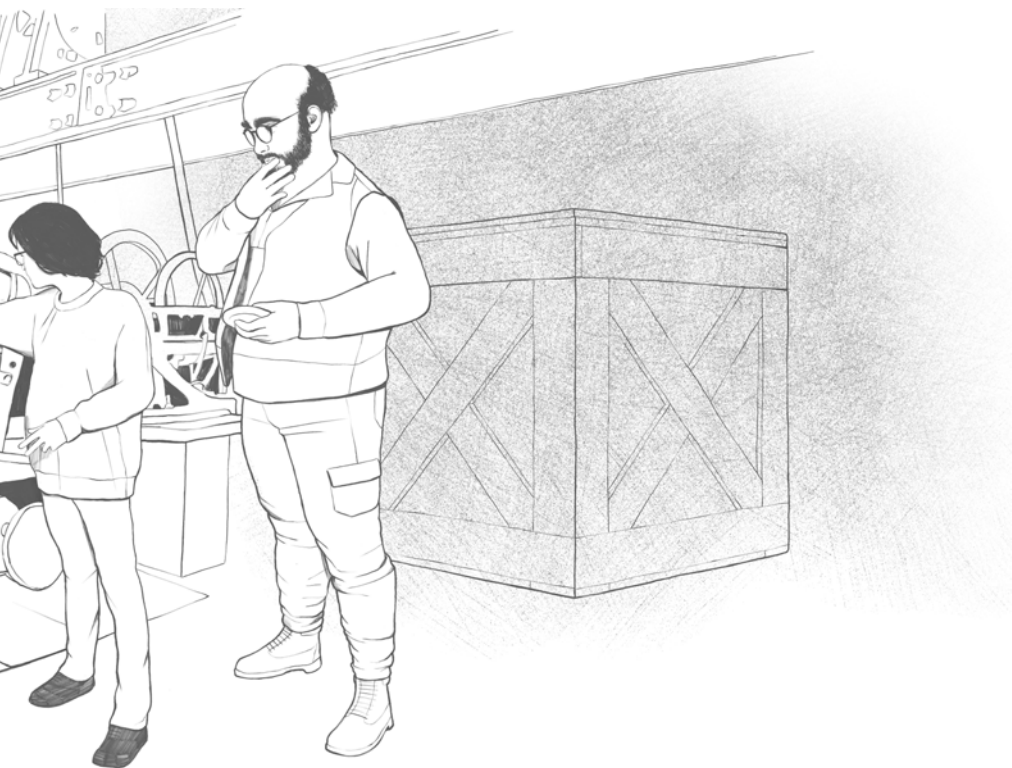
—Más bien jugar con ellos. No pasa nada. Sé que no puedes resistir la tentación de tocarlo todo, eres igual que yo.

—Pero ya tengo casi trece años —se quejó Isaac.

—Por eso te he traído hoy. Tenía que enseñarte a retrasar los relojes, por si... bueno. —Diggory hizo una mueca—. En caso de que sea la última vez que lo hago.

Isaac vio que su padre se quedaba absorto. Siempre ponía esa mirada cuando pensaba en la ley del nuevo tiempo.

—¿Tenemos que parar el reloj ahora? —le preguntó para tratar de distraerlo.



—Sí —contestó Diggory. Se acercó a la maquinaria—. Para empezar, desmontaremos este cierre de seguridad... —le explicó mientras sacaba una tuerca negra de un tornillo largo con una llave inglesa—, después hay que desconectar el tren de engranaje. —Extrajo la tuerca de la rosca y la puso con cuidado en el suelo con las yemas de los dedos manchadas de grasa—. Ahora dame una mano.

Isaac se la tendió. Su padre la agarró e introdujo ambas en los engranajes del reloj hasta alcanzar una palanca que se encontraba en lo más hondo del mecanismo.

Isaac la aferró con sus largos dedos.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

—Tirar de ella cuando te lo diga —contestó Diggory—. Hoy puedes detenerlo tú.

El corazón de Isaac latía con fuerza, y se le iluminó la cara.

—¿En serio?

—Justo cuando yo te lo diga. —Diggory apoyó una mano en el hombro de Isaac—. A las nueve cuarenta y ocho, ni un segundo más ni uno menos. ¿Listo?

El chico asintió con la cabeza. No se atrevía a respirar mientras escuchaba con atención el tictac. En el silencio, le pareció oír toser a alguien.

—¿Has oído eso? —dijo, volviéndose hacia la escalera.

—Es el viento. —Diggory estaba concentrado en su reloj de bolsillo—. ¿Preparado? ¡Tres, dos, uno, ya!

Isaac tiró de la palanca. Pesaba mucho y se le tensaron los bíceps. Los engranajes rechinaron en el interior de la maquinaria, la palanca se movió y encajó en su sitio con un ruido sordo.

—Las nueve cuarenta y ocho —dijo Diggory, a la vez que le daba una palmadita en la espalda al chico—. Bien hecho.

Isaac sacó la mano.

—¿De verdad se ha parado? —preguntó.

—Escucha.

Isaac obedeció. Ya no se oía el tictac.

A sus espaldas, alguien se movía en el hueco de la escalera.



DOS

Hattie desenroscó el tapón de su termo y dio un sorbo a la bebida caliente. Tenía prohibido subir al tejado. A decir verdad, tenía prohibido hacer muchas cosas, pero a ella le gustaba saltarse las reglas. Al fin y al cabo, ¿quién iba a impedirse? Seguro que Claire Turnbull, la sargento de armas del palacio, no, desde luego. Claire era la responsable de la seguridad, pero a Hattie le encantaba burlarla. La vida era demasiado aburrida si se cumplían las normas a rajatabla.

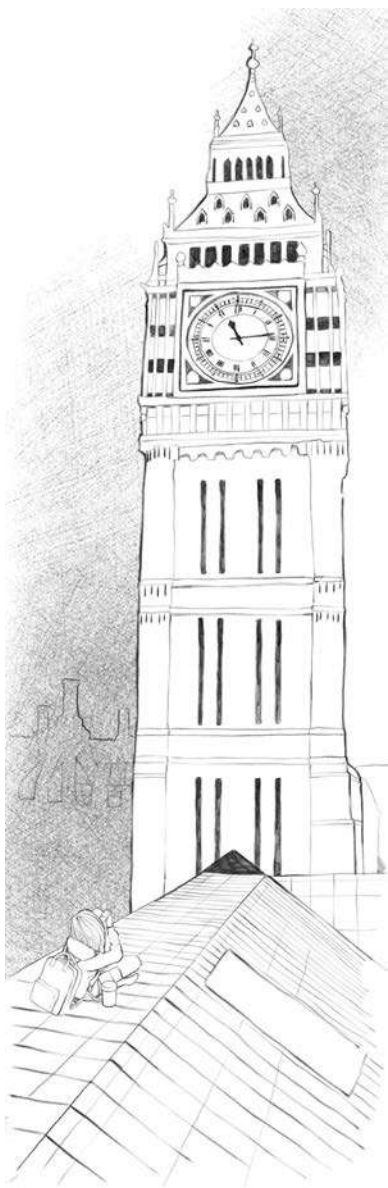
Mientras bebía, alzó la vista hacia la torre del Big Ben y observó que las luces de las esferas del Gran Reloj se iban apagando una a una. El tiempo se desvaneció en la penumbra. Era una noche nublada de octubre, sin luna ni estrellas. Aun así, Londres nunca se quedaba completamente a oscuras. A sus pies, las luces rojas y blancas de los coches y de los

autobuses brillaban mientras estos cruzaban ronroneando el puente de Westminster y pasaban por delante del palacio que se erigía frente a ellos.

A decir verdad, nadie lo consideraba un palacio. Si uno se paraba a pensar en los edificios que recibían ese nombre en Londres, solo le venía a la mente el de Buckingham. Se suponía que eran la residencia de reyes y reinas, en tanto que en el de Westminster solo trabajaban los políticos. Allí se hacían las leyes. En teoría, debía ser un «palacio del pueblo», pero cuando Hattie se sentó en el tejado, se sintió como una reina. Tras rebuscar en su mochila, sacó unos prismáticos y alzó la mirada hacia las caras oscuras del reloj.

Se habían parado a las nueve cuarenta y ocho minutos, pero, mientras las escudriñaba en la penumbra londinense, vio que las agujas empezaban a girar. Solo que no hacia atrás, tal como debían, sino hacia delante. Daban vueltas a gran velocidad: el largo minutero subía hasta lo alto en unos segundos, arrastrando tras de sí la manecilla de las horas. Sin sonar, pasaron las diez, las once y, entonces, Hattie sintió un ligero mareo, como si toda la ciudad estuviera viajando en el tiempo.

Las manecillas se detuvieron un minuto antes de la medianoche. El tiempo se paralizó. Hattie esbozó una sonrisa al sentir el triunfo propio de un explorador que acaba de descubrir un nuevo mundo.



Se preguntó qué pasaría con el reloj. Era muy probable que dejara de servir cuando se aprobara la ley del nuevo tiempo. Ya no habría que darle cuerda en plena noche. Quizá fuera la última vez que sucedía, y ella, Hattie, lo estaba presenciando. Experimentó una extraña oleada de orgullo y tristeza a la vez.

Mientras daba un bocado a su sándwich de queso y Marmite, esa pasta para untar típicamente inglesa, algo le llamó la atención: a pesar de que las manecillas del reloj estaban paradas, algo se movía en lo alto de la torre. Se llevó los prismáticos a la cara. Era difícil ver nada en la penumbra, pero le pareció distinguir una figura delgada de pie en el borde del campanario. Tenía el pelo blanco y vestía un abrigo largo que ondeaba al viento. La estaba escrutando.

Hattie se sobresaltó y soltó el termo, que rodó por las tejas inclinadas hasta chocar con una chimenea. Presa del pánico, la muchacha se precipitó hacia él. Una vez que lo tuvo de nuevo a salvo en la mochila, se volvió hacia la torre del reloj y la miró con los prismáticos, pero la silueta había desaparecido.

¿Se lo había imaginado o habían ido a dar la voz de alarma? Sin darle más vueltas, Hattie se deslizó hasta un amplio canalón y se alejó corriendo por el tejado mientras las oscuras esferas del reloj la observaban amenazadoras desde lo alto.



TRES

—**L**isto —dijo el padre de Isaac a la vez que bloqueaba una palanca en su sitio—. Son las once y cincuenta y nueve en punto.

Alzó la mano para chocar esos cinco con su hijo.

Habían apagado las luces de detrás de los diales y habían adelantado las manecillas del reloj hasta la medianoche. Al igual que el tiempo, el reloj no podía retroceder.

—¿Por qué las once y cincuenta y nueve? —preguntó Isaac, mirando la pequeña esfera de latón situada en el corazón de la máquina, donde las manecillas se habían detenido justo antes de las doce—. ¿Volveremos a ponerlo en marcha?

—Las campanas de los cuartos tardan más o menos un minuto en sonar —le explicó su padre—. A medianoche, la campana grande tañe por primera vez, ¿recuerdas? La

volveremos a poner en funcionamiento un minuto antes de las doce, de la nueva medianoche, mejor dicho, cuando los relojes se hayan atrasado. Pero ahora podemos trabajar en ello durante unas horas. –Dicho esto, sacó un destornillador.

–¿Por qué se atrasan los relojes? –preguntó Isaac.

–Lo sabes de sobra –respondió su padre.

–Sé que lo hacemos para aprovechar al máximo la luz del día, de manera que las tardes de verano sean más largas y las mañanas de invierno más luminosas. –Isaac frunció el ceño. Era el gesto que hacía más a menudo: se enfurruñaba cuando no entendía algo—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no nos levantamos más temprano? ¿Por qué tenemos que cambiar la hora?

–No podemos forzar a la gente a obedecer nuestra voluntad, Isaac –afirmó su padre mientras subía a la estructura de hierro—. En cambio, cambiar la hora es fácil. La gente hace lo que los relojes indican.

–Tú no –replicó Isaac—. Los relojes hacen lo que tú les dices.

Su padre sonrió y pasó con cuidado por encima de un gran engranaje que se encontraba en el centro del movimiento: el mecanismo del reloj.

–Supongo que sí –asintió—, al menos de momento. Pásame esa aceitera, por favor.

Isaac lo obedeció y luego siguió entregándole las herramientas que le iba pidiendo: un destornillador largo, una llave

inglesa y, al final, el martillo que usaba para golpear algo que emitía un sonido metálico. Le recordó a esos momentos que pasaban en casa, en el cobertizo del jardín, trabajando juntos en el proyecto que era la niña de los ojos de Diggory: la motocicleta Vincent Black Shadow que habían sacado de un desguace y que estaban reparando. Isaac esperaba acabar de ajustarla un día no muy lejano y viajar ambos en ella desde su casa, en Leytonstone, hasta el mar, siguiendo el curso del río.

—Saca un penique del montón, por favor —le pidió Diggory al mismo tiempo que marcaba uno de los engranajes con un pedazo de tiza—. Antes iba más rápido.

Isaac se acercó al péndulo, la parte que prefería del reloj. La larga barra cargada con un peso se balanceaba suavemente en una cavidad que se encontraba debajo de las tablas del suelo una vez cada dos segundos exactos: así era como marcaba el tiempo el reloj.

En el péndulo había apiladas un puñado de viejas monedas de cobre, Isaac sacó una con gran cuidado mientras este oscilaba hacia él.

—¿De qué depende que el reloj vaya demasiado rápido o demasiado lento? —preguntó Isaac mientras hacía girar la moneda en la palma de la mano—. Pensaba que el péndulo marcaba la hora con exactitud.

—El calor, el polvo, una paloma posada en la manecilla de las horas... —Su padre se encogió de hombros—. Ningún reloj es

perfecto. Los peniques restan casi medio segundo al día. Ser relojero consiste en hacer ajustes mínimos, como si estuvieras al timón de un barco enorme.

Isaac observó las oscilaciones del péndulo mientras frotaba el viejo penique entre los dedos.

—Por eso no te gusta la ley del nuevo tiempo, ¿verdad? —preguntó con prudencia—. ¿Crees que es un cambio demasiado grande?

Su padre suspiró.

—Esa ley no cambiará nada.

—No es cierto, lo cambiará todo —protestó Isaac—, ¿verdad? ¿El tiempo métrico? Todos los relojes, también los de pulsera... Además, ¿qué será del Big Ben?

—No tiene sentido preocuparse por eso ahora —dijo su padre con firmeza—. Puede que la ley no llegue a aprobarse. No nos amarguemos la noche hablando de tonterías. Has venido a ayudarme a cuidar del mejor reloj del mundo, y eso es lo que vamos a hacer. Ahora vamos a dar cuerda a las pesas. —Diggory sacó una larga manivela de metal de debajo del mecanismo del reloj—. Espero que te queden fuerzas.

—¿Cuánto pesa? —preguntó Isaac.

—Un cuarto de tonelada. —Su padre le guiñó un ojo—. ¿Te sientes lo bastante fuerte?

Isaac pensaba que no, pero, antes de que pudiera decírselo a su padre, se oyó un ruido extraño en la sala...

Tilín... tilín... tilín...

El débil tintineo de una campana descendió desde lo alto.

—Fa sostenido —murmuró Diggory, mirando hacia arriba—.

Una de las campanadas de los cuartos.

—Pero el reloj está desconectado —repuso Isaac.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿cómo...?

—Seguro que no es nada —respondió su padre con demasiado comedimiento—. Lo más probable es que sea un pájaro. Espera aquí. Voy a ver. Entretanto, haz algo útil: empieza a dar cuerda.

—Le dio una palmadita en un hombro—. Vuelvo enseguida.



CUATRO

Fue duro levantar el peso de un cuarto de tonelada por el hueco central de la torre. Al girar los engranajes y los trinquetes, la manivela emitía un ruido ensordecedor. Isaac la agarraba con tanta fuerza que al final se le pusieron los nudillos blancos, resollaba y sudaba a causa del esfuerzo que le suponía tirar de los cables, que temblaban mientras desaparecían en la cavidad de las pesas a través de una trampa de madera que había en el suelo.

Las pesas accionaban el reloj. Con cada oscilación del péndulo, la pesa principal bajaba una fracción en la torre y su lento descenso activaba el tren de engranaje que hacía girar el reloj. Cuando las pesas llegaban al fondo de la cavidad, el mecanismo se paraba, de manera que su padre debía darle cuerda cada pocos días.

Cuando Isaac soltó la manivela tenía los brazos ardiendo y se dejó caer sobre una caja de madera que había en un rincón, respirando a duras penas. Sabía que solo había levantado el peso unos metros, pero necesitaba descansar. La caja de embalaje estaba atada con unas cuerdas y tenía el tamaño de un sillón.

Notó una presión en el bolsillo trasero. Isaac extrajo la moneda de cobre que había quitado del péndulo y la movió entre el pulgar y el índice. El paso del tiempo la había deslustrado y mostraba la cara de un rey desconocido.

Era un penique viejo. Hacía mucho tiempo, doce de esos equivalían a un chelín, y veinte chelines, a una libra. Pero, en cierto momento, el Gobierno había desechado el dinero antiguo para simplificar los intercambios, de forma que una libra ahora equivalía a cien peniques. A este procedimiento lo denominaron «decimalización». Isaac lo había aprendido en el

colegio, porque últimamente se hablaba de hacer lo mismo con el tiempo.

Se trataba de la ley del nuevo tiempo. En caso de que llegara a aprobarse, cambiaría la manera de medir el tiempo de todo el país. En lugar de veinticuatro horas, el día pasaría a tener solo diez. Las horas estarían



compuestas de cien minutos, y los minutos, de cien segundos. Sería como medir los objetos en gramos y kilogramos.

Se suponía que, gracias a eso, la vida se simplificaría: al fin y al cabo, la mayoría de las cosas eran métricas. Pero Isaac sabía que esa idea incomodaba a su padre, y le habría gustado conversar con él sobre el tema.

El chico echó un vistazo a la sala del reloj y se preguntó cuánto hacía que su padre se había ido. Dejó caer el penique en una caja que había junto al péndulo y salió al hueco de la escalera

—¿Papá? —gritó.

Diggory le había dicho que se quedara donde estaba, pero la curiosidad de Isaac había podido con él, como de costumbre.

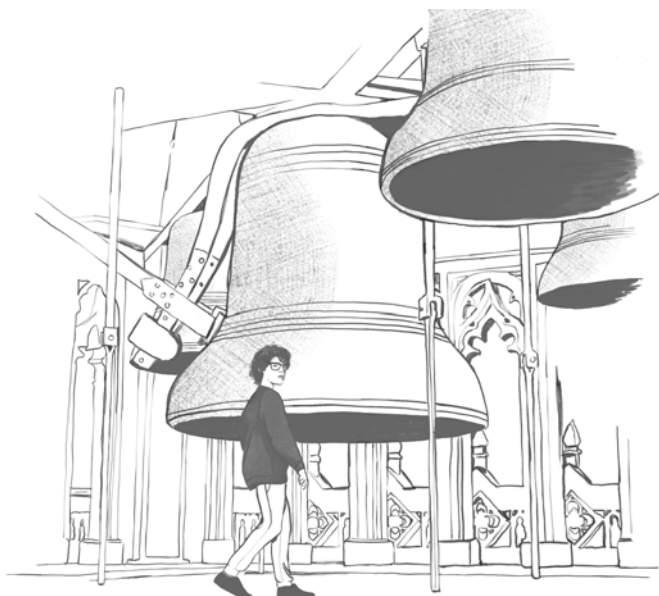
Una brisa fría le pellizcó la cara mientras subía por la escalera metálica que llevaba a lo alto de la torre del reloj, de manera que se caló más el gorro de lana gris que llevaba sobre su revuelto pelo de color castaño oscuro. El campanario estaba cubierto por un tejado, pero abierto por los lados; la ciudad se extendía alrededor como un tapiz luminoso. Las sombras de las campanas emergían de la penumbra. En las esquinas había otras más pequeñas, las que tocaban los cuartos de hora, y, en el centro, se hallaba la famosa campana a la que debía su nombre el reloj: la Big Ben.

Esta era más alta que Isaac. De cobre y estaño fundidos, pesaba catorce toneladas. Su verdadero nombre era la Gran

Campana, pero nadie la llamaba así, igual que nadie llamaba al reloj por su auténtico nombre: el Gran Reloj. Isaac aspiró el aire frío en bocanadas breves.

—¿Hola? —gritó.

La luna estaba baja y brillaba en el borde liso de la campana, poniendo de relieve una grieta dentada que zigzagueaba sobre el metal. Era el punto donde la campana se había resquebrajado hacía ya muchos años al golpearla con un martillo demasiado pesado. La habían reparado, pero desde entonces su carillón desafinaba un poco. Por eso se habían llevado la de sol sostenido, para comprobar si estaba quebrada. Entretanto, un altavoz reproducía la nota siguiendo el compás a la perfección.



Al no oír respuesta, Isaac cruzó el campanario en busca de su padre, pero estaba desierto. Algo crujió bajo su zapatilla. Miró al suelo y vio una cadena de oro brillante. Se le revolvió el estómago. En el extremo de la cadena estaba el reloj de bolsillo de su padre: el que nunca se quitaba. La caja estaba abierta y el cristal que cubría la esfera se había roto.

—¿Papá? —gritó.

Se le aceleró el corazón. Rodeó la Gran Campana buscando por todos los rincones de la torre. No había rastro de él. Isaac tropezó con la barandilla que protegía el borde del campanario. Una bandada de palomas alzó el vuelo y luego bajó en picado hacia el Parlamento. Isaac se inclinó sobre la barandilla y sintió vértigo al ver lo alto que estaba.

—¡PAPÁ! —volvió a gritar en vano.

Regresó corriendo a la escalera de caracol a la vez que se metía el reloj en un bolsillo y se precipitó hacia la sala del reloj. Estaba tal y como la había dejado. No había nadie. Bajó apresuradamente, deteniéndose solo en los rellanos para echar un vistazo a los almacenes. Todos estaban vacíos. Después, salió disparado por la amplia puerta de roble que se encontraba al pie de la torre y, al hacerlo, chocó con un guardia de seguridad que estaba apostado en el claustro exterior.

—¡Eh! Tranquilo, chico —le dijo este, aferrándolo por los hombros—. ¿De dónde vienes?

El guardián del reloj, Diggory Turner. ¿Lo has visto?

—¿Qué? No, por aquí no ha pasado nadie desde hace media hora. —Sus ojos se desviaron hacia unas colillas que había en el suelo—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es mi padre. —Isaac tragó saliva—. No sé dónde está.



CINCO

Solomon Bassala atravesó a grandes zancadas los claustros hacia la torre del reloj, con la bata de color burdeos ondeando a sus espaldas. Era una prenda de dimensiones considerables, porque Solomon Bassala también lo era. Ancho como una puerta, alto como un caballo y elegante como un gato, llenaba todas las estancias en las que entraba. Los guardias que vigilaban la torre del reloj reconocieron al presidente de la Cámara de los Comunes y se apresuraron a apartarse al ver que este se les aproximaba. Solomon pasó rápidamente por su lado y comenzó a subir la escalera.

De repente, oyó un alboroto en la sala del reloj y franqueó a toda prisa la puerta.

—¡Buenas noches! —Su voz atronadora acalló el clamor—. ¿Alguien puede decirme qué ocurre?

—¡Presidente!

Una mujer bajita y pálida, vestida con una chaqueta a medida, se puso en pie de un salto al oír la voz de Solomon y se aproximó a él pisoteando el suelo con sus grandes botas.

Se arregló la melena corta, negra y lisa e intentó disimular su inquietud ante Solomon, sin conseguirlo.

—No era necesario que viniera hasta aquí.

—Déjese de tonterías, Claire —replicó Solomon, secándose con un pañuelo el sudor que perlaba la piel oscura de su frente—. Alguien me ha dicho que Diggory ha desaparecido. Estaba en mi estudio y... —Sus ojos se posaron en un muchacho esbelto que lo miraba desde detrás de uno de los engranajes del reloj—. ¿Eres Isaac Turner?

—¿Tío Sol?

Isaac dio un paso adelante. Parecía aliviado, aunque Solomon percibió el miedo en sus ojos.

—¿Conoce a ese chico, señor presidente? —preguntó Claire sorprendida. Solomon la ignoró.

—Cuánto tiempo, ¿no? —dijo, sonriendo amistosamente a Isaac—. ¿Cómo va ese laboratorio tuyo? ¿Al final conseguiste hacer volar el cohete botella?

—Sí —respondió Isaac con un destello de placer—. Este verano. Aterrizó en el jardín de la señora Peach e hizo saltar por los aires los calabacines que había plantado.

—Impresionante.

Solomon se encaramó al borde del mecanismo del reloj y se metió sus grandes manos en los bolsillos de la bata.

—He oído que esta noche han pasado cosas raras. ¿Por qué no me cuentas lo que ha ocurrido?

—Isaac fue corriendo a buscar a uno de nuestros guardias de seguridad, señor presidente, para decirle que no encontraba a su padre —explicó Claire.

—Sé que usted está a cargo de la seguridad del palacio, Claire, pero, si no le importa, me gustaría que me lo contara Isaac —dijo Solomon. Ella se enfureció, pero el presidente le hizo caso omiso y animó a hablar al chico con un ademán de la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

Isaac le refirió la historia: que tenían que retrasar el reloj y que por eso su padre había subido al campanario, solo que luego no regresó.

—Hemos registrado la torre y los alrededores —añadió Claire. Tosió—. No hay el menor rastro del señor Turner.

—No sabemos dónde está —corroboró Isaac con la cara pálida.

—¿Y no viste nada extraño? —preguntó Solomon con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Oíste algo? ¿Tu padre no te dijo si debía ir a algún sitio ni dejó una nota o un mensaje?

—No. —Isaac negó con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos—. Nada de nada.

Solomon se preguntó si el chico estaba siendo sincero.

—No sabía que este muchacho era su sobrino, señor presidente —dijo Claire.

—No lo es, al menos oficialmente —le explicó Solomon—. Es mi ahijado. Su padre y yo somos viejos amigos, y cada vez que los visito, Isaac tiene la amabilidad de enseñarme uno de sus experimentos científicos, que han quemado muchos de mis trajes de forma un tanto asombrosa. —El presidente ladeó la cabeza y lo escrutó—. No tienes ningún pariente en Londres, ¿verdad, Isaac?

—No —respondió este, negando con la cabeza—. Mi padre y yo estamos solos.

—Mmm. —Solomon se mordió el labio.

—Puedo ponerme en contacto con los servicios sociales si le preocupa...

—Por supuesto que no —negó el presidente, interrumpiendo a Claire—. Isaac pasará la noche aquí, conmigo. Es demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa. Necesita descansar.

—Pero, señor presidente, eso es del todo irregular —objetó la mujer, retorciéndose las manos—. Hay un procedimiento específico para estas situaciones. La Policía debe...

—Es muy tarde, Claire —atajó Solomon en tono severo—. Isaac ya ha sufrido bastante. Yo vivo aquí, conozco a este chico y tengo una cama libre. Ya intervendrá la Policía mañana por la mañana. ¿O pretende angustiarlo aún más esta noche?

Claire contuvo la crispación y negó con la cabeza.

—Gracias —dijo Isaac.

Parecía aliviado.

–Vamos, pues –dijo Solomon, poniéndose en pie–. Ya ha pasado mi hora de acostarme, y supongo que la tuya también. ¿Tiene todo bajo control, Claire?

–La Policía Metropolitana llegará en cualquier momento. Hablaré con el oficial que esté al mando –contestó ella–. Cerraremos la torre hasta que estén listos.

–Ven conmigo, Isaac, te enseñaré el piso donde vivo –propuso Solomon–. Seguro que tu padre aparecerá tarde o temprano.

–Pero no podemos irnos ahora –protestó el niño–. ¿Qué hacemos con el reloj?

–¿Qué le ocurre?

–Mi padre lo paró para adelantar las manecillas –respondió Isaac–. Debe de ser casi medianoche, tenemos que volver a ponerlo en marcha.

–Isaac, tu padre no está aquí. No estoy seguro...

–Puedo hacerlo yo –afirmó él.

A continuación, se alejó de su padrino, se dirigió hacia el mecanismo y se arrodilló al lado de la bolsa de herramientas de Diggory.

–No puedo permitir que juguetees con eso –le soltó Claire–. Es propiedad del Gobierno.

–En calidad de miembro de mayor rango presente en este edificio, tiene mi autorización –intervino Solomon–. No

podemos dejar el Big Ben a oscuras. –Se arrodilló al lado de Isaac—. Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad?

La cara del chico se tensó mientras asentía con la cabeza y se abstraía del mundo que lo rodeaba para concentrarse en las palancas y en los engranajes.

–¿Qué hora es? –preguntó.

–Las doce y cincuenta y siete –contestó Solomon tras consultar su reloj de pulsera—. Ah, vaya, aún no lo he puesto en hora.

–Cuenta hasta las doce y cincuenta y nueve, por favor –le pidió Isaac—. Esa será la nueva medianoche. –Acto seguido, metió la mano en el corazón de la maquinaria y palpó. Dio la



impresión de que se tranquilizaba cuando sus dedos encontraron un punto familiar entre los engranajes—. Sí —dijo en voz baja.

—Quince segundos —contó Solomon—. Diez... cinco, cuatro, tres...

Isaac apretó la manivela y tiró de la palanca hacia atrás. El metal rechinó, los engranajes crujieron y el escape retomó su posición. A continuación, el chico soltó la manivela. El reloj volvió a sonar.

Solomon dio un respingo cuando varios de los engranajes empezaron a retumbar y a rugir, girando y desenrollando cables a la vez que las campanas de los cuartos repicaban en la torre por encima de sus cabezas.

—Veo que tu padre te ha enseñado como es debido —afirmó Solomon impresionado.

Isaac no contestó. Se limitó a mirar al suelo.

—Todo saldrá bien —añadió el presidente, poniéndole una mano en el hombro—. Lo encontraremos.

Acto seguido, bajó con Isaac las escaleras de la torre del reloj mientras el Big Ben daba las campanadas de la nueva medianoche.



SEIS

La casa del presidente de la Cámara de los Comunes era un gran edificio de piedra enclavado en un patio próximo a la torre del reloj. Isaac cruzó con su tío Sol una alta puerta de roble y entró en un vestíbulo con el suelo de mármol, cubierto por una tupida moqueta roja e iluminado por unas lámparas doradas.

—¿Vives aquí? —preguntó el muchacho estupefacto—. ¿En un palacio? ¿Por qué nunca hemos venido a verte?

—Solo resido aquí cuando estoy trabajando —contestó el tío Sol mientras lo guiaba por una escalera ornamentada—. Esta parte es más como un despacho. En realidad me alojo en un piso mucho menos ostentoso, que está en la última planta. El presidente de la Cámara es la única persona que tiene permitido vivir aquí, en el Parlamento. Es todo un lujo.

Tras subir la escalera llegaron a un rellano con las paredes de piedra tallada cubiertas por unos cuadros al óleo imponentes. Acto seguido, franquearon una puerta lateral que pasaba casi desapercibida y después Solomon lo guio por un estrecho tramo de escalera hasta una planta mucho menos llamativa, conocida como la «residencia del presidente». Abrió una puerta con una llave de pestillo e invitó a Isaac a entrar en un cálido pasillo por el que se extendía una moqueta raída que olía un poco a pollo asado. De un perchero colgaban abrigos sobre un revoltijo de zapatos, y a través de una puerta abierta se veía un cuarto de baño. El tío Sol se inclinó y encendió una lámpara.

—No podemos hacer ruido —susurró, llevándose un dedo a los labios—. Mi hija está durmiendo. —Señaló una puerta con unas flores pintadas—. ¿Te acuerdas de ella? Ahora vive la mayor parte del tiempo con su madre. Tú dormirás aquí.

Acompañó a Isaac a una habitación vacía y luego le llevó una toalla, un cepillo de dientes y un pijama de seda excesivamente grande.

—Me temo que esto es lo único que puedo ofrecerte —se disculpó.

—Gracias, tío Sol.

—Trata de dormir.

Su padrino le sonrió, pero Isaac se dio cuenta de que lo hacía con cierta lástima. Después, el presidente salió y cerró la puerta.

Isaac se dejó caer enseguida en la cama y se puso a mirar el techo de escayola tallada. Su vida se había desmoronado en apenas unas horas. No parecía real. Su padre se había esfumado de repente y nadie era capaz decirle por qué ni cómo. Se subió las gafas para restregarse los ojos confiando en que, cuando volviera a abrirlos, Diggory entraría en la habitación y le diría que todo había sido un malentendido y que podían regresar a casa.

Pero no lo hizo.

Isaac sacó el reloj de oro y pasó el dedo por el cristal agrietado. Le faltaba un pedacito del tamaño de una uña, que dejaba al descubierto la esfera. Se había parado, ya no hacía tictac. Lo abrazó. No había querido enseñárselo a los guardias de seguridad, sobre todo a Claire Turnbull, porque sabía que se lo habrían quitado.

Siempre le había gustado el reloj de su padre. Lo llevaba consigo a todas partes, prendido en el ojal de su chaleco. Su gran esfera marcaba la hora y la fecha, y en la parte superior había un círculo más pequeño: el cronómetro que medía los minutos y los segundos y que su padre le dejaba utilizar cuando Isaac tenía que calcular el tiempo en uno de sus experimentos científicos. El chico se dio cuenta de que se había quedado parado en ocho minutos y treinta y cuatro segundos y frunció el ceño. ¿Acaso su padre había cronometrado algo?

Entonces, se fijó en la esfera principal.

Estaba mal. La hora era incorrecta.

Su padre había desaparecido después de las nueve cuarenta y ocho. Habían parado el Gran Reloj en ese preciso momento, y habían medido el tiempo con el de bolsillo.

Entonces ¿por qué marcaba las nueve y media?

Isaac trató de entender qué podía significar aquello, pero la marea del sueño estaba ya subiendo en su cabeza. Bostezó y fue a correr las cortinas. Se detuvo un momento a contemplar el río y el puente de Westminster.



Algo en el cristal se movió. Un par de ojos parpadearon y lo escutaron desde el otro lado de la ventana. Isaac se sobresaltó, dio un respingo y retrocedió tambaleándose hasta la cama mientras observaba a una persona que se movía sobre el cielo nocturno. Apagó la luz y distinguió a una chica de pie en el alféizar de la ventana. La miró perplejo a la vez que ella lo escrutaba ladeando la cabeza con curiosidad.

Luego ella se llevó un dedo a los labios, guiñó un ojo y desapareció de su vista.



SIETE

Pascal se detuvo en el puente de Westminster para sacar el teléfono, que estaba sonando en un bolsillo de su abrigo largo de color negro. Se apoyó en la barandilla mientras una ráfaga de viento jugaba con su pelo, tan blanco como un fantasma.

—¿Ya está? —preguntó la persona que llamaba.

—Sí —contestó él—. Todo está bajo control.

—¿Todo? Hay policías en el palacio. ¿Por qué?

Pascal sintió que se le cortaba la respiración. Miró hacia Westminster, la torre del reloj brillaba en el cielo, semejante a la luna.

—No encontrarán nada. Solo fue un pequeño contratiempo. Me encargué de que así fuera.

—¿Qué tipo de contratiempo, Pascal?

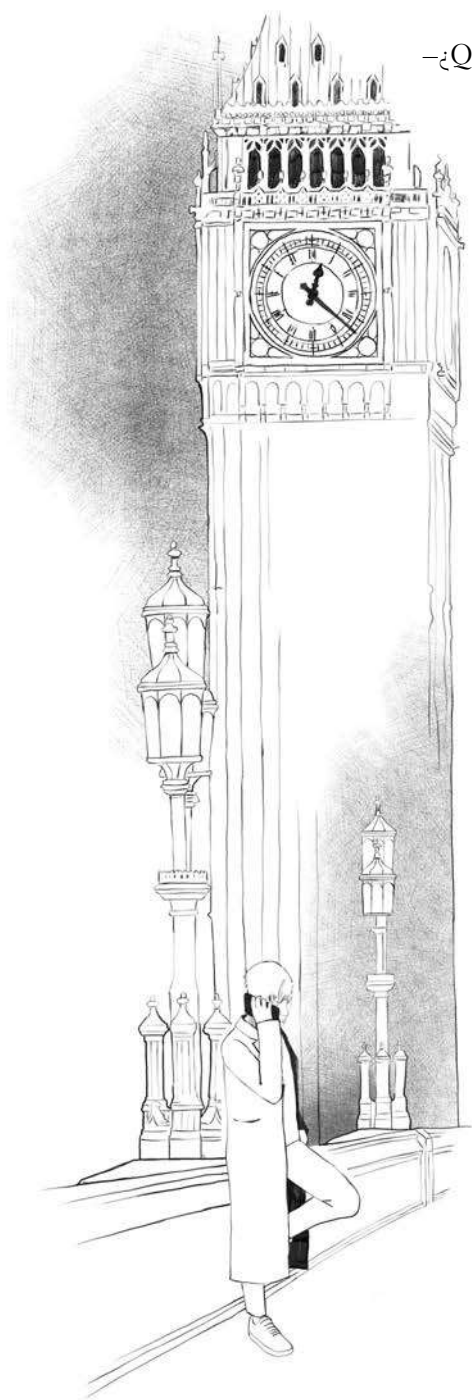
Este se agarró al borde del puente, negándose a explicar por qué no había seguido el plan previsto.

—Cuéntamelo —insistió su interlocutor.

Pascal obedeció. La culpa la tenía el chico. Lo había sorprendido, había salido de la nada y había desbaratado el plan. A Pascal no le gustaban las sorpresas. En su opinión, eran como un grano atrapado en los mecanismos regulares que rigen el mundo.

—Te has arriesgado mucho —dijo el que llamaba—. No me gustan los riesgos. ¿Estás seguro de que no sospecharán nada?

—Te lo juro —respondió Pascal—. Todo va sobre ruedas. He borrado bien mis huellas.



—De acuerdo —aceptó su interlocutor—, sabía que no nos defraudarías.

Una chispa de orgullo prendió en el pecho de Pascal mientras sonaban los cuartos en el Gran Reloj. Levantó la vista y observó las pesadas manecillas de hierro, fijas como esqueletos en la esfera resplandeciente. «Qué apropiado —pensó—. Son esqueletos, reliquias de un sistema antiguo.»

—Y ¿qué pasa con la clave? —preguntó el otro.

Los ojos de Pascal se contrajeron.

—No la tenía —contestó tras aclararse la garganta—, pero contábamos con esa posibilidad. No he terminado de buscar, mañana puedo...

—La clave es necesaria, Pascal —insistió la persona que había llamado.

—Ya lo sé.

—El plan no tendrá éxito sin ella.

—¡Ya lo sé! —repitió Pascal irritado, y enseguida se arrepintió. Su interlocutor guardó silencio.

—Controla ese temperamento —dijo la voz al cabo de unos segundos—. No tienes nada que reprocharme.

Pascal cerró los ojos y agachó la cabeza.

—Lo siento —se disculpó.

—No te preocupes —dijo el otro—. Encuentra la clave. Mañana.

—Eso haré —asintió Pascal.

—Es imprescindible. Piensa en todo lo que está en juego. No me falles, Pascal. No nos falles.

—No lo haré —respondió—. Te lo prometo.

La persona que había llamado colgó y Pascal respiró hondo. Las luces de la ciudad le bailaban en los ojos mientras pensaba en el resto del plan. Sabía exactamente dónde buscar la clave. No habría más sorpresas. Ese chico no volvería a interferir en su trabajo.

Pascal se alejó del río y se dirigió a la estación. En los bares y en los locales de kebabs había grupos de juerguistas, y sus gritos y chillidos resonaban por toda la calle. Pascal pensó que ninguno de ellos sabía que la tarea que había llevado a cabo esa noche iba a cambiar sus vidas. A decir verdad, iba a cambiar las vidas de todos los habitantes la tierra, incluso el mundo mismo, y para siempre.

Bambú Exit

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla

El libro azul

Lluís Prats

La canción de Shao Li

Marisol Ortiz de Zárate

La tuneladora

Fernando Lalana

El asunto Galindo

Fernando Lalana

El último muerto

Fernando Lalana

Amsterdam Solitaire

Fernando Lalana

Tigre, tigre

Lynne Reid Banks

Un día de trigo

Anna Cabeza

Cantan los gallos

Marisol Ortiz de Zárate

Ciudad de huérfanos

Avi

13 perros

Fernando Lalana

Nunca más

Fernando Lalana

José M.^a Almárcegui

No es invisible

Marcus Sedgwick

Las aventuras de

George Macallan.

Una bala perdida

Fernando Lalana

Big Game

(Caza mayor)

Dan Smith

Las aventuras de

George Macallan.

Kansas City

Fernando Lalana

La artillería de Mr. Smith

Damián Montes

El matarife

Fernando Lalana

El hermano del tiempo

Miguel Sandín

El árbol de las mentiras

Frances Hardinge

Escartín en Lima

Fernando Lalana

Chatarra

Pádraig Kenny

La canción del cuco

Frances Hardinge

Atrapado en mi burbuja

Stewart Foster

El silencio de la rana

Miguel Sandín

13 perros y medio

Fernando Lalana

La guerra de los botones

Avi

Synchronicity

Víctor Panicello

La luz de las profundidades

Frances Hardinge

Los del medio

Kirsty Appelbaum

La última grulla de papel

Kerry Drewery

Lo que el río lleva

Víctor Panicello

Disidentes

Rosa Huertas

El chico del periódico

Vince Vawter

Ohio

Àngel Burgas

Theodosia y las Serpientes del Caos

R. L. LaFevers

La flor perdida del chamán de K

Davide Morosinotto

Theodosia y el báculo de Osiris

R. L. LaFevers

Julia y el tiburón

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

Mientras crezcan los limoneros

Zoufka Katouh

Tras la pista del ruiseñor

Sarah Ann Juckes

El destramador de maldiciones

Frances Hardinge

Theodosia y los Ojos de Horus

R. L. LaFevers

Ánima negra

Elisenda Roca

Disidente y perseguido

Joe F. Daniels

El gran viaje

Víctor Panicello

Los cuentos de Lesbos

Àngel Burgas

Un detective improbable

Fernando Lalana

La isla de los susurros

Frances Hardinge

Leila y la zorra azul

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

Las dos aventuras

Carlo Frabetti

Centinelas

Alfonso Paredes

Las dalias tristes

Daniel Sanmateo

Cobweb

Michael Morpurgo

El bosque de los mil ojos

Frances Hardinge

Emily Gravett

La conspiración contra reloj

Sam Sedgman

Alma

Timotheé de Fombelle

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *The Clockwork Conspiracy*

Publicado por acuerdo con Bloomsbury Children's Books
Bloomsbury Publishing Plc

© 2024, Sam Sedgman, por el texto
© 2024, Tom Clohosey-Cole, por la ilustración de la cubierta
© 2024, Stephanie Shafer, por las ilustraciones de interior
© 2024, Seb@kja-artists.com, otras ilustraciones
© 2024, Thy Bui, Mapa y sección transversal del Big Ben
© 2025, Patricia Orts, por la traducción
© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-1086-005-6

Depósito legal: B-14122-2025

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).



El padre de Isaac Turner ha desaparecido.

Nadie sabe cómo.

**Y cuando cada segundo cuenta...,
¿podrá Isaac resolver el misterio a tiempo?**

Isaac Turner, un joven inventor con mucha imaginación, vive con su padre, el relojero encargado del Big Ben. Pero una noche, cuando los relojes se detienen, su padre desaparece del campanario sin dejar más rastro que un reloj de bolsillo roto... y un misterioso mensaje. Isaac está decidido a encontrarlo.

Siguiendo una serie de pistas por los rincones más emblemáticos de Londres, Isaac descubre un oscuro complot dentro del propio gobierno. Pronto se ve atrapado en una carrera contra reloj para salvar a su padre... y al mismísimo tiempo.



PEFC

PEFC®14-38-00310

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible

www.pefc.es



9 478841 018600 561